

“ES TIEMPO DE MULTIPLICAR LA ORACIÓN”

(Domingo 27 de junio de 2010)
(Número 373)

(Por el pastor Emilio Bandt Favela)



ES TIEMPO DE MULTIPLICAR LA ORACIÓN

“Clama a mí, y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces”
(Jeremías 33:3)

Los cristianos debemos orar, eso lo sabemos, y debemos orar en todo tiempo, es decir, en tiempos buenos y en tiempos malos.

Sin embargo, hay periodos en los cuales es necesario multiplicar la oración. Cuando atravesamos por momentos dificultosos como una enfermedad, una carga o pena moral muy grande o alguna desazón o congoja espiritual es menester orar más.

Por toda la Biblia observamos que los varones de Dios oraron y Dios siempre se agradó de ello. El Señor tiene su contentamiento en sus hijos cuando éstos oran. Por boca de sus siervos los profetas y los apóstoles, Dios nos insiste en que oremos.



Tenemos pasajes como aquel hermoso registrado en el libro de las crónicas de los reyes que dice: ***“Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra”*** (2 Crónicas 7:14). Además de que se humille y se convierta, Dios anhela

vehementemente que su pueblo ore.

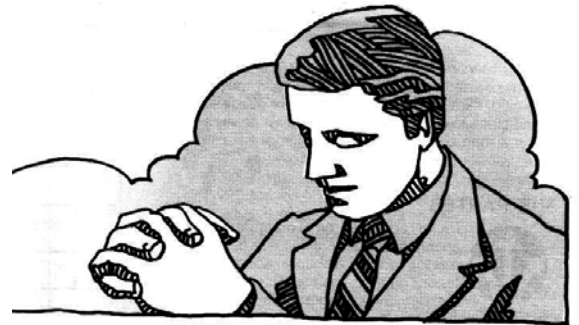
En el Nuevo Testamento, tenemos esta exhortación apostólica: ***“Orad sin cesar”*** (1 Tesalonicenses 5:17). Que no es otra cosa que la invitación divina a orar constante y persistentemente.

Sí. Hay ocasiones en que es necesario multiplicar la oración. Así lo entendió aquel varón de Dios llamado Moisés quien juntamente con Samuel es considerado como un príncipe de la oración. Y no es para menos, echando una ojeada al libro de Deuteronomio podemos contar todas las veces que este hombre estuvo en oración y ayuno intercediendo por su pueblo. Él mismo testifica así: **“Cuando yo subí al monte para recibir las tablas de piedra, las tablas del pacto que Jehová hizo con vosotros, estuve entonces en el monte cuarenta días y cuarenta noches, sin comer pan ni beber agua”** (Deuteronomio 9:9).

Dios le dice que se aparte porque va a destruir al pueblo idólatra de Israel, él oró: *“Y me postré delante de Jehová como antes, cuarenta días y cuarenta noches; no comí pan ni bebí agua, a causa de todo vuestro pecado que habíais cometido haciendo el mal ante los ojos de Jehová para enojarlo”* (Deuteronomio 9:18). Cuando Dios nuevamente quiere destruir al pueblo por rehusarse entrar en la tierra prometida, Moisés testifica: *“Me postré, pues, delante de Jehová; cuarenta días y cuarenta noches estuve postrado, porque Jehová dijo que os había de destruir”* (Deuteronomio 9:25). Y cuando vuelve a subir al monte para recibir nuevamente las tablas de la ley dice: *“Y yo estuve en el monte como los primeros días, cuarenta días y cuarenta noches; y Jehová también me escuchó esta vez, y no quiso Jehová destruirte”* (Deuteronomio 10:10). ¡Oh si los cristianos de hoy oráramos así! ¡Con toda seguridad recibiríamos poder en abundancia!

Hoy, nosotros como iglesia necesitamos orar más. Tenemos un fuerte enemigo que quiere hacer de las suyas entre nosotros. Y no hay otra manera de hacerle frente sino resistiéndole firmes en la fe. El apóstol Pedro nos aconseja: *“Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe...”* (1 Pedro 5:8-9a). Santiago no se queda atrás y también nos conmina: *“Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros”* (Santiago 4:7). Y una de las formas de resistirle para que huya de nosotros es orando sin cesar a Dios.

Hoy es el tiempo en el cual necesitamos orar sin cesar. Es el tiempo oportuno para hacer un compromiso serio con nuestro Padre Celestial de consagrar nuestra vida plena e incondicionalmente a su servicio.



Por esto, como iglesia tenemos un plan de intercesión constante. Lo llamamos simplemente “Cadena de Oración” pues la idea es formar una cadena de hermanos y hermanas que estén delante del trono de Dios en forma continua ininterrumpidamente las veinticuatro horas del día.



Para lograr este fin, se ha hecho un horario dividiendo el día y la noche en periodos de quince minutos. Todos los hermanos que sean gustosos en participar en este proyecto de oración se anotan en el espacio que les acomode mejor y se comprometen a elevar su plegaria al Señor sin fallar, todos los días. Así, de esta manera, alcanzamos el objetivo de estar delante del Señor las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, los trescientos sesenta y cinco días del año.

Déjeme contarle lo que leí hace tiempo en un buen libro titulado “Cómo Ser Un Vencedor”. Harold Hill, su autor, nos cuenta que la Primera Iglesia Bautista de Baltimore tenía problemas con su edificio. Además de ser insuficiente, tenía serios desperfectos.

Cada vez que llovía, su sótano, que era su planta educativa, se inundaba. Se propusieron orar para adquirir el edificio contiguo. Hicieron un calendario de oración en el cual el templo estaría abierto las 24 hrs. del día. Aún cuando hubo varios criticones al plan argumentando que nadie se levantaría a las dos o tres de la mañana para ir hasta el templo, la mayoría de los hermanos se anotaron para ir a orar cuando menos por media hora. En poco tiempo el dueño del edificio, que había dicho que a todos les vendería su propiedad menos a los cristianos, él mismo fue a proponerles la venta y con todas las facilidades de pago que se pueden imaginar.

Y es que Dios oye y contesta la oración. ÉL es el Dios Vivo que escucha y responde a la petición de sus hijos.

Ahora, ¿Cuáles son los motivos por los que usted va a orar?

En esos quince minutos, usted hará al Señor cuatro peticiones:

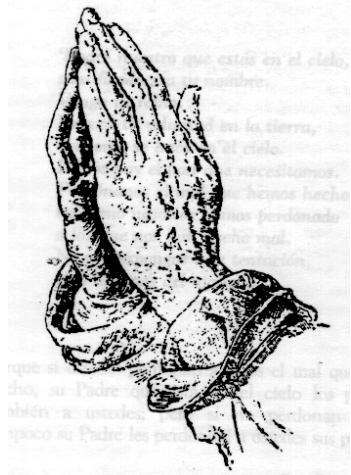
1. Primeramente ore por su persona.

PARA QUE YO CONFIESE MIS PECADOS PERSONALES A DIOS, UNO POR UNO, PIDA PERDON Y DEJE DE HACERLO.

Lo más saludable que un buen cristiano puede hacer es reconocer sus pecados, confesarlos a Dios, pedirle perdón, abandonar sus pecados y hacer lo contrario a lo que hacía mal.

Contamos con el ejemplo de grandes hombres de Dios que al orar confesaron sus pecados: (1) El ejemplo de Esdras (Esdras 9:1-15); (2) El ejemplo de Nehemías (Nehemías 1:1-11); (3) El ejemplo de Daniel (Daniel 9:1-19).

Muchas personas e incluso cristianas, se resisten a confesarle a Dios sus pecados, pero mientras no lo hagan se irá agravando la mano del Señor sobre ellas. El mismo David se negaba a confesar a Dios sus iniquidades, pero por eso le iba de mal en peor: ***“Mientras callé, se envejecieron mis huesos En mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; Se volvió mi verdor en sequedades de verano” (Salmo 32:3-4).*** Pero al fin, él comprendió que estaba haciendo mal y confesó su pecado al Señor: ***“Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; Y tú perdonaste la maldad de mi pecado” (Salmo 32:5).***



Usted, como David y otros varones de Dios, haga un examen introspectivo y vea qué cosas está haciendo mal y confíeselas al Señor y pida perdón por ellas y tenga la firme disposición de alejarse de ellas para siempre.

Recuerde que hay una promesa divina para aquel que confiesa sus pecados: ***“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9)***

2. Pida también por su familia.

POR MI FAMILIA PARA QUE VENGA SU REINO A MI CASA Y CADA INTEGRANTE DE MI FAMILIA SEA GANADO PARA CRISTO Y UN INSTRUMENTO ÚTIL EN SUS MANOS.

Ore mucho por su familia, ruegue por el cuidado de Dios para todos, solicite el favor del Señor para todos los suyos.

Especialmente, si hay algún miembro de su familia que aún no es creyente en Cristo, suplique con mayor fervor por su salvación.

Debemos hacer lo que sea necesario para que nuestros hijos pertenezcan al reino de Dios. Hemos de procurar efusivamente la salvación de nuestros hijos, hemos de doblar nuestras rodillas hasta que hagamos marcas en el piso, hemos de testificarles de Jesús hasta la saciedad, hemos de darles un buen testimonio a más no poder, hemos de invitarlos hasta el cansancio, hemos de golpearles con textos bíblicos hasta que sientan no lo duro sino lo tupido, en fin, todo lo que es necesario hacer para que ellos sean salvos. ¿Vale la pena? ¡Por supuesto que sí! Se trata de la salvación de nuestros hijos. Por favor, nunca se desanime, nunca se rinda, nunca desista. Procure por todos los medios la salvación de cada uno de sus hijos. No importa que hayan nacido en un hogar cristiano, no dé por hecho que son salvos en forma automática, ellos necesitan la circuncisión no hecha de mano de hombre y no hecha en la carne, sino hecha por el Espíritu Santo y en el corazón.

Asimismo, si hay jóvenes en su hogar que se ven influidos por el mundo que les rodea y han endurecido su corazón y han desviado sus pasos del camino del Señor y su Palabra, usted ore con mayor intensidad por ellos. Recuerdo el testimonio de un diácono de la iglesia que pastoree anteriormente; él nos decía que siendo joven comenzó a desviarse del camino del Señor. Empezó a juntarse con malas compañías, a fumar cigarrillos, a beber unas cervezas, a llegar tarde a su casa. Pero siempre que llegaba, no importando la hora que fuese, encontraba a su madre orando de rodillas a la par de su cama, pidiéndole al Señor que le tocara su corazón y le cambiara su forma de vida. ¡Y el Señor lo hizo!



3. Interceda por su iglesia.

POR MI IGLESIA, PARA QUE DIOS SAQUE TODO PECADO Y ESTE SEA DESCUBIERTO Y CONFESADO PARA QUE DIOS SANE TODA INMUNDICIA Y LA IGLESIA PUEDA CRECER EN SANTIDAD HACIA EL.



Pida, suplique, ore, ruegue, interceda mucho por su iglesia. La verdad es que lo necesitamos hoy más que nunca. Aquello de que no somos perfectos y distamos mucho de serlo, lo usamos como argumento para justificar varios pecados, que nuestro Dios, más que ningún otro, conoce perfectamente. Es necesario con urgencia, premura y apuro que todos reconozcamos nuestras faltas y nos pongamos a cuentas con nuestro Señor.

Pídale a Dios que ÉL santifique a su iglesia. Que seamos una iglesia ejemplar en la adoración, en la reverencia, en la proclamación del evangelio, en la educación cristiana y misionera, en la comunión fraternal, que el Señor sane todas nuestras relaciones personales, que sirvamos a nuestra comunidad sin temores.

**NECESITAMOS MULTIPLICAR LA
ORACIÓN.
¡TODOS A ORAR!**

4. Suplique a Dios por su ciudad.

POR MI PUEBLO O CIUDAD, PARA QUE VENGA SU REINO A MI CIUDAD Y SEA QUITADO TODO NARCOTRAFICO, VIOLENCIA FAMILIAR, VICIOS, DROGADICCION, PROSTITUCION, ETC. Y YO SEA USADO PARA ALCANZAR A LOS QUE NO LE CONOCEN. Ore especialmente por esta gran ciudad tan golpeada por tantos males. Abraham intercedió por una ciudad perdida como Sodoma, ¿Por qué no orar por ciudad Juárez?
La Oración cambia las cosas. ¡Hagamos la prueba!



**LA UNIÓN HACE LA FUERZA
¡TODOS A ORAR!**

Con sincero aprecio
Pastor Emilio Bandt Favela.

RINCÓN PASTORAL: “CONSTANTES EN LA ORACIÓN”

En cierta ocasión se colgó de un cable una barra de acero de media tonelada de peso. A cierta distancia se colgó un pedazo de corcho. Se lanzó el corcho contra el acero y en el primer impacto nada sucedió, pero al seguir golpeando el corcho la barra se notó que ésta comenzó a vibrar y después de algún tiempo estaba oscilando como un péndulo. A veces nos parece que nuestra oración es tan débil que nada puede hacer ante el peso de los problemas, pero no olvidemos que ***“La oración eficaz del justo puede mucho” (Santiago 5:16).***